

SALVADOR DE MADARIAGA

BOSQUEJO

DE EUROPA

ESTUDIO INTRODUCTORIO DE
JOSÉ MARÍA BENEYTO

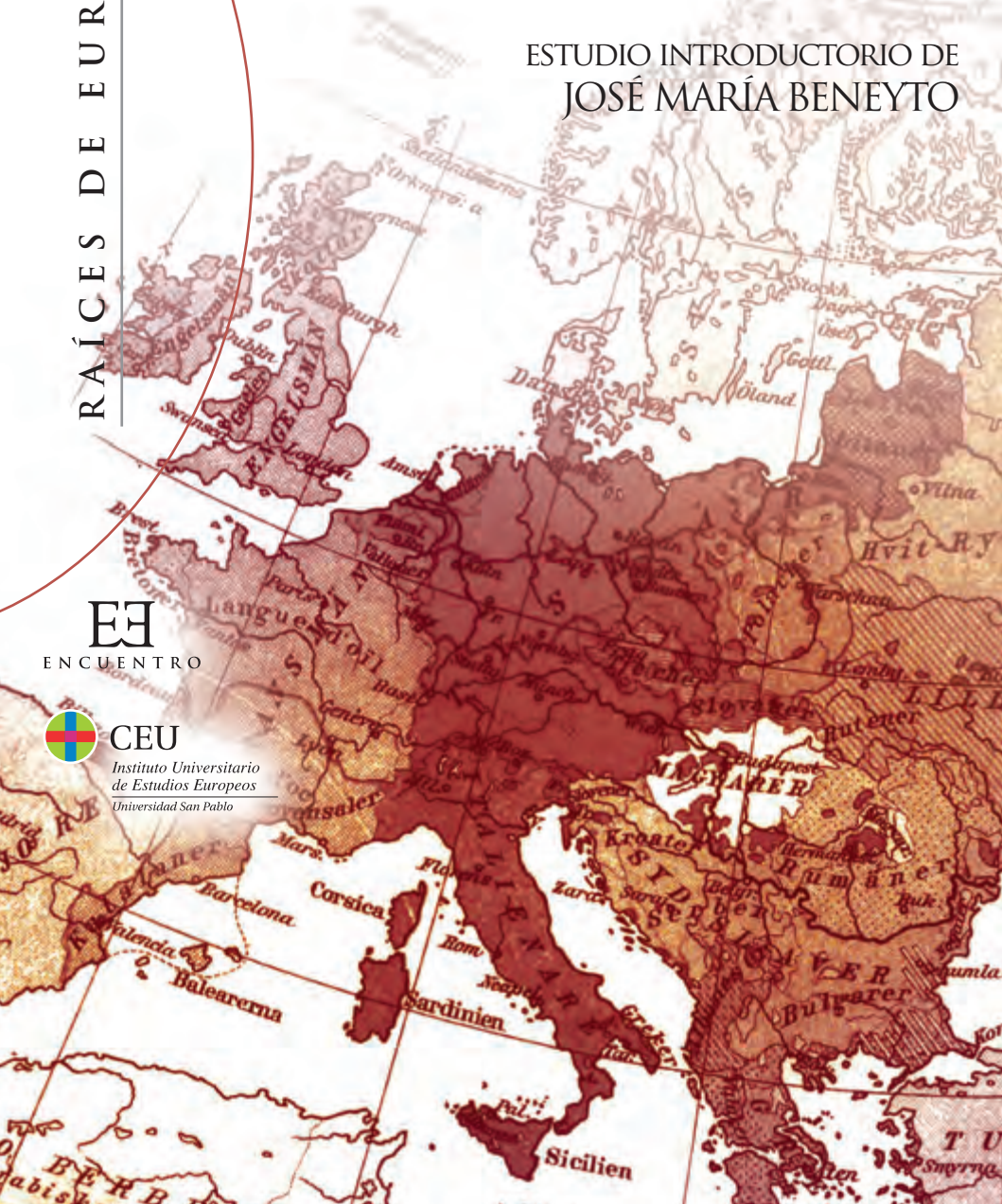
RAÍCES DE EUROPA

EE
ENCUENTRO



CEU

Instituto Universitario
de Estudios Europeos
Universidad San Pablo



Raíces de Europa

SALVADOR DE MADARIAGA
Bosquejo de Europa

Estudio introductorio de José María Beneyto

EE
ENCUENTRO



CEU

*Instituto Universitario
de Estudios Europeos*

Universidad San Pablo

© 2010 para esta edición
Instituto Universitario de Estudios Europeos
y Ediciones Encuentro, S. A.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro
Ramírez de Arellano, 17, 10^a - 28043 Madrid
Tel. 902 999 689
www.ediciones-encuentro.es

Estudio introductorio

El crisol de una vocación: regeneracionismo español y experiencia europea

Julián Marías escribía frecuentemente, y más aún en los últimos años de su vida, sobre la desaparición del sentido histórico, y la consiguiente pérdida de *densidad* del momento presente. Con estas palabras, Marías apuntaba a una de las dimensiones de la «razón vital» de su maestro José Ortega y Gasset, entendida ésta como *tomar posesión* plenamente de la historia. De todos esos olvidos, quizás el más destructivo sea la desmemoria de personajes que en su vida, en sus hechos y en sus obras alumbraron la historia de España, y también la historia de Europa.

Salvador de Madariaga es uno de los fundadores de la Europa moderna que comienza después de la Segunda Guerra Mundial. Él es principal inspirador intelectual de la unidad de Europa y del proceso de integración europea, de la refundación de Europa como realidad espiritual e histórica —y no sólo, jurídica o económica. Madariaga, que ha vivido de cerca la realidad de los totalitarismos, que ha sufrido en carne propia la

Guerra civil española y que ve el mundo dividido, tras el final de la Segunda Guerra, entre dos ideologías universalistas, dos bloques de poder que amenazan con asfixiar la civilización europea, se convierte en el gran defensor de los fundamentos de la idea de Europa.

Acercarse a Madariaga es aproximarse a un núcleo inhabitual de energía intelectual, de imaginación chispeante, de actividad poliédrica. Madariaga es, en efecto, a lo largo de su vida muchas cosas distintas, y, a veces, muchas cosas a la vez.

Forma parte de la generación «europeísta» de los años veinte, a la que también pertenecen Ortega, Pérez de Ayala, Marañón, Azaña, Eugenio d'Ors, Gabriel Miró, Federico de Onís o Américo Castro. Los esfuerzos del regeneracionismo y la crítica del Noventayocho sobre el retraso secular de España han traído sus frutos. El contexto cultural de los años veinte y treinta ha cambiado respecto al «fin de siglo». Florece una generación de españoles interesados por la ciencia y la cultura y que se hallan abiertos a los vientos del debate intelectual europeo.

Nace Madariaga en La Coruña el 23 de julio de 1886, hijo de don José de Madariaga y Castro y doña Ascensión Rojo Reig¹. A los doce años, tras regresar su padre de la guerra de Cuba, la familia se traslada a Madrid. El padre de don Salvador fue el último de su rama en seguir la tradición castrense, pues era hijo,

¹ Las referencias biográficas han sido tomadas del libro de Octavio Victoria, *Vida de Salvador de Madariaga*, que, junto al segundo volumen, *Obra de Salvador de Madariaga*, Fundación Ramón Areces, Madrid 1990, constituye la publicación más documentada hasta la fecha sobre Madariaga.

nieto y biznieto de militares. En su casa se hablaba de temas militares y patrióticos, pero el mayor interés del padre era la literatura, sobre todo la poesía en gallego, como la de Curros Enríquez o Rosalía de Castro. La derrota frente a los Estados Unidos en 1898 hará que tome una de las decisiones que más influirán en la vida de don Salvador. Madariaga estudia el bachillerato superior francés, a partir de 1900, con tan sólo catorce años, para poder ser admitido y realizar los estudios de ingeniería en París, porque don José está convencido de que la pérdida de la guerra se debe al retraso tecnológico de España. El hijo responderá a la inquietud del padre, licenciándose en la Escuela Politécnica y en la Escuela Superior de Minas de París, dos de los centros más caracterizados del espíritu racionalista francés y de su aplicación a la tecnología. Es la realización pragmática de los ideales del regeneracionismo.

En los años de estudios en París frecuenta a un grupo de jóvenes artistas ingleses y norteamericanos, y, según propia afirmación, habla habitualmente más inglés que francés, con lo que acabará teniendo un excelente dominio de los dos idiomas. Varios de los personajes que conoce en esa época serán los caracteres principales de su novela-ensayo *Arceval y los ingleses*. Entre aquel grupo iba a encontrar también su mejor profesora particular de inglés, Constance Archibald, estudiosa escocesa de nacionalidad británica, que en 1912 se convertiría en su primera esposa, y de la que tendría dos hijas, Nieves, nacida en 1917, e Isabel, que vio la luz en 1919.

Los pocos retratos del Madariaga de esa época nos dan de él una imagen más bohemia que científica, aunque sentía también gran pasión por las matemáticas,

y contó entre sus profesores con genios como Henry Becquerel y Henry Poincaré, éste asimismo excelente escritor, que fue recibido en la Academia Francesa en 1908, como su primo, el célebre estadista Raymond Poincaré lo fue al año siguiente, asistiendo Madariaga a la ceremonia de ingreso. En aquel mismo 1908 llega a París su hermano Emilio, decidido a ser escultor, a pesar de sus escasos conocimientos técnicos, pero dotado de un innato talento para las artes plásticas. Los dos hermanos son amigos de pintores, escultores y escritores; a través de Emilio conocería Madariaga, por ejemplo, al poeta León Felipe.

En esos años, en los que el ambiente intelectual y político parisinos todavía se halla fuertemente dividido por el caso Dreyfus, Madariaga se hace *dreyfusard*, y cuando en 1909, el pedagogo Ferrer es sentenciado a muerte en España, Madariaga ve en Ferrer una injusticia similar a la cometida con el capitán Dreyfus. Toma decididamente posición en contra del gobierno español e incluso participa activamente en las protestas ante la Embajada, frente al mismo edificio que veintitrés años después le acogería como Embajador.

La extraña combinación de intereses científicos y literarios dominados por una imaginación de poeta se muestra también cuando tiene que elegir cómo orientar su vida profesional. Ha visitado fascinado los pozos excavados para estudiar el proyecto francés de construir un túnel que uniera Gran Bretaña y Francia, pero no le interesa ejercer la profesión de ingeniero de minas. Se siente atraído por alguna razón por el ferrocarril. Con los años intentará explicar este amor inesperado, y hablará, con un punto de retórica, de que había percibido

«la intuición de lo orgánico en lo económico y social», pues las vías eran una especie de «arterias».

Cuando el funcionario francés que lo entrevista para un puesto en la Compañía de los Ferrocarriles del Norte de España le oye expresarse en un francés casi nativo y se entera de que ha sido el tercer estudiante entre una promoción de treinta y cinco de la Escuela de Minas, no duda en franquearle la entrada en la Compañía, y, al poco tiempo, Madariaga inicia la primera de sus múltiples actividades profesionales convertido en responsable jefe de las señales eléctricas.

Pero como escribirá sobre sí mismo años después, el oficio y su verdadera vocación eran ya enemigos declarados. «Al dejar las minas por los ferrocarriles iniciaba ya sin darme cuenta mi evolución de lo técnico a lo humanista; porque, en el fondo, lo que me atraía en el ferrocarril era el vasto espacio que habría a mi actividad, su índole por decirlo así territorial y aun política»².

¿Por qué razón, «política»? ¿Dónde se halla la índole *política* del ferrocarril? Don Salvador lo justifica con una de esas jugosas —y juguetonas— explicaciones que con el tiempo le harían famoso. El oficio del ferrocarril, dirá, le permitió conocer España.

«Mi obligación me llevaba a casi todo el Norte, en el sentido ferroviario de la palabra, o sea desde Alicante hasta Orense. En vacaciones, viajaba gratis aun en las demás líneas. Entonces fue cuando recibí el impacto directo de todas las Españas; cuando aprendí a gustar

² Salvador de Madariaga, *Memorias de un federalista*, en: S. de Madariaga, *De la angustia a la libertad y Memorias de un federalista*, edición conjunta de ambas obras, Espasa-Calpe, Madrid 1977, p. 232.

sus diferencias y matices. Aun habiendo trabado ya conocimiento con dos países tan diversos como Francia y la Gran Bretaña, me admiró sobremanera la variedad maravillosa de nuestro país y, por consecuencia, todavía más su no menos maravillosa unidad; porque no creo que haya en Europa pueblo y tierra de más rica y jugosa variedad y, sin embargo, pueblo y tierra que acusen una unidad más vigorosa»³.

Cuando viajaba a Madrid, solía frecuentar al anochecer el Ateneo, en esa época centro de discusión intelectual, donde conoce a algunas de las principales personalidades del momento. La experiencia externa de los viajes por la variedad de la geografía española se ve ahora completada por la vivencia interna de la lectura de Unamuno. «Unamuno —escribirá— fue el español más integral de su época, el más abierto a todas las formas hispanas... no es que me enseñara nada como maestro a discípulo; es que *era*. Lo más convincente en él era su mismo ser. Por él, y gracias a él, logré vivir la experiencia plurinacional de España, llegar no meramente a una comprensión del problema catalán, sino a una ampliación y a un ensanchamiento de mi hispanismo que ahora al fin abarcaba lo catalán y lo portugués y, claro está, lo vasco»⁴.

Hacia 1912 conoce a Américo Castro, y al parecer ambos colaboran en las reuniones que dirigía Ortega para la creación de la Liga de Educación Política. También traba conocimiento con Azaña y con el duque de Alba, con el que desarrollaría una gran amistad a lo largo de su vida. Ortega se fija en él y le elige como uno

³ Ib.

⁴ Ib., pp. 234-235.

de los oradores en el acto de desagravio a Unamuno tras haber sido éste cesado como Rector de Salamanca por el ministro de Instrucción Pública de la época, el padre del futuro poeta José Bergamín. Durante esa etapa de ingeniero de Madariaga, otro de los escritores con los que tuvo más trato fue Luis Araquistáin.

Es el propio Araquistáin quien, tras estallar la Primera Guerra Mundial, le hace entrar en contacto con el propietario del *Times*, de Londres. Madariaga se encontraba entonces meditando «cómo cambiar de rumbo, soltar la técnica y pasarme a la literatura, mi verdadera vocación». Tras esa conversación, decide aceptar el puesto que se le ofrece como corresponsal literario y trasladarse a Londres.

Gran Bretaña será, tras la francesa, su segunda experiencia europea, pero será la que decisivamente marque su estilo intelectual. Madariaga se sentirá fuertemente atraído por el liberalismo británico, sólidamente asentado en instituciones sociales y políticas, en lo que él interpretará como una lograda conjunción de orden sin ribetes de autoritarismo y de libertad basada en una firme disciplina interior y en costumbres sociales. Sabrá apreciar asimismo el sentido británico del humor, que entroncará con su vena galaica. Descubre el sentido de la gran tradición liberal anglosajona, de la que destilará gran parte de su teoría política, aunque inicialmente, después de llegar a Londres y de hacerse amigo de Ramiro de Maeztu, frecuente con él los medios fabianos. De hecho, en el socialismo gremial —*guild socialism*— propugnado por el fabianismo se halla el origen de la atracción que en Madariaga ejerció a lo largo de su vida el corporativismo, y que le acarrearía no pocas críticas.

Es en Londres donde escribe sus primeros ensayos de crítica literaria, *Shelley and Calderón, The Genius of Spain, Arceval y los ingleses*. Allí se convierte en un poco convencional crítico y ensayista, al que le apasionan la diversidad de los caracteres nacionales, que comienza su carrera intelectual como había hecho la Generación del 98 y todavía seguirán haciendo al menos dos generaciones posteriores a la suya propia, preguntándose sobre el ser y el destino de España.

Su vocación literaria se irá desarrollando, hasta impulsarle, después de la Guerra civil y la Segunda Guerra Mundial, a dedicarse plenamente a escribir. Será crítico y ensayista, en la tradición del ensayismo español, y un creador de opinión pública. Pero también novelista, poeta, autor teatral, experto en cuestiones internacionales, y escritor y teórico político. A lo largo de siete décadas publicará más de mil artículos en los principales periódicos españoles y en la prensa internacional de mayor prestigio, y dará a la luz sesenta libros, entre los que no falta la novela satírica y política o una excelente serie de novelas históricas (*El corazón de piedra verde, Guerra en la sangre*), que todavía hoy siguen reeditándose con notable éxito.

Del internacionalismo de la Sociedad de Naciones al europeísmo

De vuelta de Londres a Madrid, tras tener que malvivir de hacer traducciones en la capital de España, Madariaga consigue ingresar en 1921 en la Sección de Prensa de la naciente Sociedad de Naciones, cuyo

destino regían un británico, Sir Eric Drummond, y un francés que acabará jugando un papel decisivo en el futuro, Jean Monnet. Ambos serán los verdaderos fundadores del funcionariado internacional.

Al año de estar a prueba en su primer puesto, asciende a jefe de la Sección de Desarme, una de las misiones más delicadas de la Organización, mientras continúa realizando sus contribuciones periodísticas y literarias. Comienza una nueva colaboración con el periódico *El Sol*, de Madrid, bajo el muy expresivo seudónimo de Sancho Quijano. Allí no se recata en mantener una polémica con nadie menos que Ortega, tras negar que pueda hablarse de una España real enfrentada a una España oficial y afirmar que no había más que una España, tanto para lo bueno como para lo malo. A la vez publica artículos sobre la Sociedad de Naciones en otros medios de la prensa española, y sigue escribiendo sus ensayos literarios. La *Guía del lector del Quijote* se publicará inicialmente en serie en el diario *La Nación*, de Buenos Aires, entre junio de 1923 y febrero de 1925. En esa época, visita a Niels Bohr en Copenhague, y se apasiona por la física moderna. La curiosidad intelectual de Madariaga se desborda en múltiples dimensiones.

Su trabajo de esos años le lleva a convertirse en un especialista en cuestiones de desarme, a partir de unas convicciones pacifistas muy propias del período de entreguerras, que arrancan de la atroz experiencia de la Primera Guerra Mundial, y que se verán matizadas, en el caso de don Salvador, por el realismo de la práctica diplomática y su interés en las diferencias de los caracteres psicológicos nacionales.

Para Madariaga, la Sociedad de Naciones suponía «un gran experimento de paz mediante discusión», el proyecto idealista, con el que se identifica plenamente, de un mundo unido, un mundo sin fronteras. Propugna la «ciudad internacional», una unión mundial que, sin embargo, según sus propias palabras, no podrá conseguirse únicamente por vía de la inteligencia o el interés económico, sino a través de la búsqueda de un fundamento espiritual. A sus lectores de *El Sol* les insiste, en abril de 1926, en que «la verdadera unión reposa sobre el sentimiento religioso del origen común y del común destino de los hombres», además de expresarles su convicción de que, en esa tarea, España puede realizar una contribución esencial, como pusieron de manifiesto los teólogos españoles fundadores del derecho internacional, y, en particular, Suárez⁵.

Partiendo de estos ideales internacionalistas, los cimientos de la idea europea y de su institucionalización van a ser asentados en estos años por el experimentado político francés y Ministro de Asuntos Exteriores, Aristide Briand, el conde Coudenhove-Kalergi y Jean Monnet. En un párrafo de su obra *Cosas y gentes*, Madariaga ha dejado un testimonio particularmente significativo del encuentro de estos tres personajes: «En 1926, Briand se encontró con Coudenhove-Kalergi, el escritor que con más claridad y empeño venía exponiendo en la prensa y el libro la tesis de la federación europea... No se trataba de convencer a Briand de que Europa sólo podía salvarse federándose, porque eso ya lo había aprendido el gran estadista francés

⁵ Octavio Victoria, op. cit., pp. 56 ss.

desde los primeros años de la guerra; se trataba de aliar dos hombres que veían lo mismo y de aunar dos voluntades para intentar realizarlo. De la colaboración del creador de Pan-Europa con el más europeo de los estadistas salió la Comisión Europea de la Sociedad de Naciones, la cual duró lo que la vida de Briand. Tuvo su primera sesión a principios de septiembre de 1931 y falleció con Briand en marzo de 1932. Pero los hechos iban a justificarla. La creación que estos dos hombres intentaron en 1931 era el primer brote de la que otros realizaron en la generación siguiente. Y los esfuerzos de hombre de Estado, ya plenamente europeo, que inspiraban la acción y la palabra de Briand en Ginebra tenían como testigo al entonces secretario general adjunto de la Sociedad de Naciones, Jean Monnet, que en la generación siguiente iba a merecer el nombre de el padre de Europa»⁶.

El ingreso de Alemania en septiembre de 1926 en la Sociedad de Naciones tiene como consecuencia la negativa de las demás potencias a que España, gobernada por Primo de Rivera, siga teniendo un puesto permanente en el Consejo de la Sociedad. Ello, unido a las dificultades internas que experimenta Madariaga, le llevan a regresar a Gran Bretaña, esta vez como Catedrático de Estudios Hispánicos en la Universidad de Oxford, donde permanecerá de 1928 a 1931. En esos años publica, en las tres lenguas, su primer gran éxito ensayístico, *Ingleses, Franceses, Españoles*, y la primera edición de su libro *España*.

⁶ Salvador de Madariaga, *Cosas y gentes*, Espasa-Calpe, Madrid 1979, colección de ensayos y artículos en 2 volúmenes, I-*Prohombres*, II-*Procosas*, aquí, I, p. 60.

Paralelamente, sigue interesándose por la política internacional, dando a la luz simultáneamente en Inglaterra y Estados Unidos en abril de 1929 el libro *Disarmament*. En él defiende a la Sociedad de Naciones, a pesar de sus fracasos, como única plataforma internacional en pro de la paz. Para Madariaga no basta, sin embargo, con este organismo, dominado en la práctica por las grandes potencias, y al que, además, no pertenecen los Estados Unidos. Él propone poner los cimientos para la constitución de una «Comunidad Mundial», a la que posteriormente denominará «Gobierno Mundial», y, finalmente, «Fundación Mundial», sobre la base de una «comunidad de fines» universal. «Todas las cuestiones de filosofía política que se nos presentan —afirma— tendrán, pues, que subordinarse a estos dos principios fundamentales: *el hombre es un fin en sí, y tiene derecho a organizarse a sí mismo en colectividad universal*»⁷. Cuando Briand lance, en septiembre de 1929, su propuesta de formar los Estados Unidos de Europa, Madariaga aplaude la idea, pero siempre y cuando no perjudique a la Sociedad de Naciones. Este enfoque internacionalista será objeto, tras el fracaso de la Sociedad de Naciones y la Segunda Guerra Mundial, de una reinterpretación en clave europeísta. En el libro que publicará en Londres inmediatamente después de la Guerra, *¡Ojo vencedores! (Victors Beware)*, conjugará los dos temas que dominarían el resto de su vida: la unidad europea y el restablecimiento de la democracia liberal en España. En este libro Madariaga se reafirmaría en

⁷ Salvador de Madariaga, *Discursos internacionales*, Aguilar, Madrid 1934, p. 76.

su aversión al dominio absoluto de las mayorías democráticas sobre las minorías y propondría como alternativa al fracaso del internacionalismo la constitución de la *Federación Europea*, sin renunciar al objetivo final de una «República universal de hombres y naciones», el «Comundo».

***Inmerso en la vida política y la tragedia españolas
y en su superación a través de Europa y la defensa
de la libertad***

El 14 de abril de 1931 se proclama la Segunda República en España, mientras Madariaga está realizando su primer viaje a Méjico. De forma inesperada, es nombrado Embajador en Washington por el Gobierno provisional, cargo que apenas ocuparía durante un mes, tras ser elegido diputado a las Cortes Constituyentes por La Coruña en las listas del partido fundado por su paisano Santiago Casares Quiroga, la ORGA u Organización Regional Gallega Autónoma, partido de liberales de izquierda sobre la base de la autonomía de Galicia. Madariaga interviene en las Cortes Constituyentes, defendiendo a Alfonso XIII, lo que provoca no pocas críticas. Sin embargo, se le necesita para representar al Gobierno en la Sociedad de Naciones, por su profundo conocimiento de este órgano, y es nombrado delegado de España ante la Sociedad, además de Embajador en París.

En este nuevo período en Ginebra, Madariaga acabará encarnando en su persona la conciencia del internacionalismo liberal de la Sociedad de Naciones, cuando

cada vez son menos los que creen en ella o en las soluciones consensuadas, ante la radicalización política que el nacionalismo y el fascismo van a traer consigo, tras la invasión japonesa de Manchuria, la conquista italiana de Abisinia y el golpe letal de la llegada de Hitler al poder en Alemania.

En marzo de 1934 es reclamado por Lerroux, el nuevo jefe del Gobierno, para ofrecerle ser Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, cargo que acepta, pero con la condición de que el Gobierno de centro-derecha no amnistiara al General Sanjurjo. Como Ministro, no tuvo Madariaga tiempo alguno para llevar a cabo las iniciativas que pensaba desarrollar. En abril del mismo año, se le nombra simultáneamente titular de la cartera de Justicia, con el objetivo implícito de que avalara la amnistía, que finalmente fue promulgada por Ley del 20 del mismo mes, con las firmas de Alcalá Zamora y el propio Madariaga. Este hecho, junto a las duras críticas de los medios cercanos al partido socialista, visceralmente contrarios a Lerroux y a la actitud mostrada por Madariaga al aceptar formar parte del Gobierno, hizo que su situación se hiciera insostenible, siendo relegado de sus cargos ministeriales a finales de abril.

Continúa entonces su actividad como delegado de España ante la Sociedad de Naciones. Durante este tiempo, reflexiona sobre la convulsa realidad política y elabora su obra, *Anarquía o jerarquía*, que verá su publicación en 1935, fruto en gran medida de las experiencias de la insurrección de octubre de 1934 en Asturias. La rebelión y su sofocamiento militar afectan profundamente a Madariaga, quien veía confirmarse el

peor de sus augurios si la Segunda República no acometía una reforma tan profunda que diera paso a la Tercera República. No en vano el subtítulo de su libro es *Ideario para la constitución de la Tercera República española*. Don Salvador se muestra en él proféticamente horrorizado ante la posibilidad de la Guerra civil: «Guerra civil, procedimiento bárbaro para resolver los problema políticos, que ya, tras cincuenta años de Restauración y tras la victoria cívica del 14 de abril, creíamos enterrado en los folios polvorientos de la historia, con la perilla y el polisón. Guerra civil. Resurge la imagen lastimosa de las ciudades sitiadas y medio destruidas; la censura; los partes oficiales; el ejército salvador; el glorioso general; los rebeldes y los leales; las penas de muerte; los indultos y los fusilamientos; la estela de odio y dolor; el chirlo que la navaja rasga profundamente en el rostro de España; el foso de sangre que durante años separará a sus hijos en dos bandos irreconciliables»⁸.

Cuando finalmente estalle la Guerra civil, Madariaga se exilia rápidamente a Ginebra, y comienza sus iniciativas para animar a que Francia e Inglaterra intervengan activamente en favor de la paz. Durante el período que transcurre desde 1936 hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, don Salvador desarrollará su actividad intelectual, literaria y pública, en torno a tres grandes pasiones: España, Europa y, en relación con ambas, la defensa de la libertad.

⁸ Salvador de Madariaga, *Anarquía o jerarquía*, Aguilar, Madrid 1936, 2ª edición, p. 9.

Madariaga va a ser entonces el propagandista incansable de un acuerdo que ponga punto final a la guerra fratricida entre españoles, partidario acérrimo de la intervención aliada y de fórmulas —la mayoría bastante utópicas, como la de un pacto de gobierno entre Franco y Prieto— para conseguir a la desesperada el cese de las hostilidades. A la vez, se propone la gigantesca empresa de revisar los tópicos negativos sobre la historia de España en América y se entrega durante más de una década a la hercúlea tarea de enderezar entuertos históricos arraigados durante siglos. El resultado serán sus biografías de Colón, Cortés y Bolívar, así como el *Cuadro histórico de las Indias* y las novelas históricas de la serie «Esquiveles y Manriques».

Junto a ello, Madariaga se convierte en el firme defensor de la libertad y el liberalismo durante y después de la Segunda Guerra Mundial —a través de la prensa y, sobre todo, de la radio—, el internacionalista y pacifista que sigue propugnando con toda la fuerza de sus múltiples escritos y abundantísimas colaboraciones en la prensa internacional la creación del «Comundo», de una «República universal» basada en los principios del federalismo y la libertad social, cuya primera gran realización histórica debe ser la unidad europea. A partir de los años cincuenta y sesenta, y hasta el final de su vida, Madariaga encarnará, ya definitivamente, la identidad del viejo liberal y europeísta convencido, crítico acérrimo del régimen franquista y defensor a ultranza de la vuelta a las libertades, a través, por ejemplo, de la organización del famoso Congreso del Movimiento Europeo de Múnich de 1962, con participación de destacadas personalidades opositoras del

franquismo, al que el régimen denostó como el «contubernio» de Múnich.

Ya en 1942 había afirmado que tras el final de la Segunda Guerra Mundial sería tarea urgente la aprobación de una Constitución de Europa que surgiera de la propia vida de Europa, anclada en el humanismo y la libertad. Profundamente preocupado por la prolongación de gobierno autoritario en España, verá en la permanencia de Franco en el poder una hipoteca para el país de la que le resultaría difícil desprenderse. Su «carta abierta» al General Franco de diciembre de 1944, con el título «General, márchese», se hará internacionalmente famosa.

De entre sus actividades internacionales a partir de la Segunda Guerra destacan la presidencia de la Unión Liberal Internacional, que ostentó desde 1946 a 1953, su activísima participación en la creación del Movimiento Europeo, en la organización del Congreso de La Haya, y en la constitución del Consejo Español del Movimiento Europeo (haciendo posible la colaboración de Prieto, Gil Robles y los nacionalistas vascos y catalanes), así como la fundación del Colegio de Europa en Brujas en 1949. Colabora también con la UNESCO, pero se retira de ella cuando esta organización internacional da entrada como miembro en 1952 a la España de Franco. Será uno de los presidentes de honor del Congreso por la Libertad de la Cultura, como expresión de su compromiso de lucha contra los totalitarismos. Y se convertirá asimismo en el primer español en recibir, a los 85 años, el más preciado galardón europeo, el Premio Carlomagno, otorgado en la ciudad de Aquisgrán en 1973, en reconocimiento a una vida dedicada a promover el ideal europeísta.

Los orígenes ensayísticos y literarios del europeísmo de Madariaga

El Madariaga escritor tiene también múltiples facetas: el novelista de novela literaria, satírica y política, y el excelente autor de novela histórica; el escritor político, ensayista de la historia de España y de América Latina, además de valioso biógrafo; el crítico literario y dramaturgo; incluso el poeta que escribe elegías en la muerte de García Lorca y Unamuno, recrea romances de ciego o declara su amor líricamente a España (*La que huele a tomillo y romero*).

Se entrecruzan en esta creatividad un tanto dispersa de Madariaga una serie de líneas conductoras. La lucha por la libertad entendida primariamente como libertad espiritual, y no sólo política; el europeísmo, que ve a Europa como la patria universal de la libertad y el humanismo, y no se satisface con los reduccionismos económicos; la visión de una Europa que aspira permanentemente a superar sus límites geográficos y se proyecta en el mundo como civilización y como cultura. Y a través de estas ideas fuerza un sentimiento patriótico que hoy nos resulta, paradójicamente, casi extraño, por tan epidérmico y espontáneo. Madariaga descubre, re-descubre a España en Europa. Cuanto mayor fue su fervor europeísta, más intensa se mostró su pasión española⁹.

⁹ He desarrollado la tensión entre europeización y españolización en Madariaga y otros ensayistas españoles de finales del siglo XIX y el siglo XX (Costa, Ganivet, Unamuno, Ortega y Gasset, Laín Entralgo, Marías y María Zambrano) en mi libro *Tragedia y razón. Europa en el pensamiento español del siglo XX*, Taurus, Madrid 1999, de cuyo capítulo sobre Madariaga (pp. 159-196) se ha entresacado gran parte de este epígrafe.

Como ya se ha observado, a Madariaga hay que leerlo desde la preocupación noventayochista y la de su propia Generación del 14 por el «malestar» de España. Pero baste un ejemplo para mostrar hasta qué punto el ambiente en Madariaga ha cambiado respecto al estilo de la generación anterior. En una de sus primeras obras, *Arceval y los ingleses*, Julio Arceval es un doble de Madariaga que, como el Martín de Unamuno en *Niebla* (1914), visita a su creador, a Madariaga. Pero en vez de enfrentarse con él, como el personaje creado por Unamuno, lo que hace es entablar una amistad y un diálogo.

En realidad, la tragedia unamuniana se convierte en Madariaga en ironía. Su objetivo es *desencializar* el mito trágico. Ello se hace especialmente patente cuando Madariaga aborda el personaje de Don Quijote. Como a Ortega, le va a interesar más el autor, Cervantes, que el personaje convertido en mito. Un autor muy alejado de los desgarramientos místicos que profesaba don Miguel. Cervantes es para Madariaga el creador espontáneo y libre, el observador imparcial, el escritor nato que no escribe palabra que no sea viva, el poeta en quien la imaginación se deja guiar por el buen sentido.

Lo mismo ocurre con la interpretación que hace de Don Quijote y su fiel escudero. Don Quijote es la España que huye de la realidad por exceso de dudas metafísicas, mientras que la base de la personalidad de Sancho es el buen sentido empírico, la sabiduría espontánea y popular. Sancho es la España optimista y vital que tiene un buen sentido de la realidad. De ahí también la diferencia frente al Unamuno que contraponía como irreductibles España y Europa. Para Madariaga, la europeización de España y

la «españolización» (la presencia e influencia de España en Europa) no son dinámicas contrarias, sino convergentes.

Visión y experiencia directa de la realidad. En consonancia con ello, el europeísmo de Madariaga procede de la observación de la historia y del escenario internacional. En 1951 ve a Europa doblemente amenazada, por el «Gengis Kan mecanizado de Moscú» y por «sus propias tendencias suicidas». Él es un importante protagonista del Congreso de La Haya de 1948, pero a la vez considera que la crisis europea tiene ante todo raíces espirituales. Europa debe volver a ser plenamente consciente de que tiene una existencia propia y común a todos los pueblos del continente, de que como realidad espiritual ha sido y es la encarnación de un modo de ser propio, del «humanismo socrático-cristiano», que constituye su tradición histórica y cultural. Europa aparece como un mosaico de diversidad, lleno de matices y términos. La unidad de Europa es también, y ante todo, la consecuencia específicamente europea de ese diálogo y apertura al otro que se manifiesta a través de la convivencia y la concurrencia históricas entre los países europeos.

Matiz y equilibrio. Quien dice equilibrio, dice también libertad. En eso se resume la filosofía de Madariaga. Una posición que no le resultó nada fácil mantener a lo largo de su vida.

En una de sus sátiras literarias, escrita en francés durante un viaje a Nueva York y Washington a finales de 1936, Madariaga hizo el retrato paródico de lo que había sido su situación durante la República, una consecuencia de la firme defensa de las convicciones que no

le abandonarían a lo largo de toda su vida, hasta su muerte, acaecida en diciembre de 1978, con 92 años, y tras haber podido presenciar la aprobación por referéndum del pueblo español de su primera Constitución democrática después de casi cincuenta años.

En el poema, la heroína, Rosemonde, visita el País de los Papagayos, dividido en dos bandos irreconciliables: el de los loros blancos, enfrentados a los loros rojos. Cada facción tiene su *superpapagayo* que es el que dicta lo que su bando dice o hace. Cuando Rosemonde se aventura a pasar por el camino neutro que separa los dos bandos, todos los loros la cubren de improperios. Los rojos la toman por blanca, y, los blancos, por roja. Rosemonde se queja, ella es una rosa llena de pensamientos elevados que solicita matiz e inteligencia, inteligencia y sentido crítico. Pero el matiz sólo puede ser herético. Todo loro que se precie, escribe Madariaga, considera cualquier matiz altamente sospechoso...

***«Bosquejo de Europa», un compendio
del liberalismo y el europeísmo de Madariaga***

La primera edición de *Bosquejo de Europa* apareció, publicada por la editorial Hermes, en 1951 en México, con prólogo del autor. La segunda edición fue publicada por la Editorial Sudamericana (Colección Piragua), de Buenos Aires, en julio de 1969. En esta segunda edición, además de reproducir el prólogo de la primera, se añade un nuevo prólogo fechado en Oxford, en 1968. Contiene esta segunda edición también un epílogo sobre «La lengua y el carácter nacional», versión

española del texto de una conferencia en inglés pronunciada en 1964 ante el Instituto de Lingüistas de Londres. El texto de esta segunda edición es el que recoge, junto con otros dos libros de Madariaga —*Ingleses, franceses, españoles y Arceval y los ingleses*—, la edición de Espasa-Calpe de 1980, que, bajo el título común de *Carácter y destino en Europa*, ha sido la edición más ampliamente divulgada, y cuyo texto es reimpresso en la presente edición.

Parece interesante mencionar también la edición inglesa, igualmente original del autor, con el título, quizás más cercano a la intención originaria de Madariaga, de *Portrait of Europe*. Apareció en 1952 en la editorial Hollis and Carter de Londres, y en 1955, en Roy Publishers, de Nueva York.

El libro se halla dedicado a Jeanne y Julius Hoste —antiguo Ministro belga y gran amigo de Madariaga, miembro de la Sección Cultural del Movimiento Europeo, que colaboró activamente en la puesta en marcha del Colegio de Europa en Brujas—, y se divide en cuatro partes, denominadas, respectivamente: «El espíritu de Europa», «El Olimpo europeo», «Tensiones europeas» y «Resonancias europeas».

Hay una primera idea conductora en el libro que destaca sobre todas las demás, un *leitmotiv* de Madariaga desde los años treinta: la crisis europea es tan profunda que puede ser letal para el continente. Y la crisis tiene ante todo raíces espirituales. Europa está amenazada «por sus propias tendencias suicidas». Por eso, el ideal europeo no puede quedar reducido a lo económico o jurídico. Al contrario, debe ser el ideal de una «unidad consciente de vida espiritual que avanza por